

estos pueblos pueden citarse los Sándalos, de los que Hunter dice «son los hombres más verídicos que haya nunca encontrado,» y los Suras. «Un rasgo agradable de su carácter, dice Shortt de estos últimos, es el de ser absolutamente veraces, y no saber mentir.» Sin embargo sus relaciones sexuales corresponden á un tipo primitivo inferior; así sucede en los mismos Todas, que consideran «la falsedad como el peor de los vicios (1).» Verdad es que Metz dice que usan de disimulo con los Europeos, pero reconoce que es un efecto de su comercio con estos (2). Este juicio está conforme con el manifestado en mi presencia por un funcionario civil de la India á propósito de otras tribus montaraces, antiguamente bien conocidas por su veracidad, pero cuyo contacto con los blancos ha vuelto menos verídicos. El engaño es tan raro entre las razas aborígenas de la India, que los *civilizados* no han corrompido aun, que Hunter distingue entre todas las tribus del Bengala á la de los Tipperahs, como «la única en que se muestra este vicio (3).»

Del mismo modo, en cuanto á la honradez, hay pueblos llamados inferiores que se enseñan, á los que pasan por superiores. Por degradados é ignorantes que sean, bajo ciertos aspectos, los Todas, de quienes acabamos de hablar, nos dice Harkness, «que nunca vió un pueblo civilizado ó salvaje que mostrara tener un respeto tan religioso por los derechos de lo *tuyo* y lo *mío*.» Los Marias, (Gonds) «ofrecen como otras muchas razas salvajes un singular carácter de veracidad y honradez (4).» Entre los Khonds «negar una deuda es una violación de este principio, considerada como un acto extremadamente culpable. Es necesario, dicen, abandonarlo todo á sus acreedores (5).» El santal, prefiere «no tratar negocio alguno con sus huéspedes; pero cuando éstos abordan la cuestión trata con ellos con tanta probidad como lo haría con un hombre de su tribu... inmediatamente dice el verdadero precio del objeto (6).» Los Lapchas «son admirablemente probos; el robo es raro en ellos (7).» En fin, los Bodos y los Dhimals «son honrados y veraces en obras y en palabras (8).» El coronel Dixon se extiende sobre la fidelidad, veracidad y honradez de los aborígenas de Carnática que demuestran «una abnegación extremada y casi tierna

(1) Cap. Henry Harkness, *The Neilgherry, Hills*, 1833.

(2) Rev. F. Metz, *Tribus inhabiting the Neilgherry, Hills*.

(3) Hunter, *A Statistical Account of Bengal*, London, 1876, VI, 53.

(4) Glasfuid. *Selections from the Records of Governement of India Foreign Department*.

(5) Macpherson, *Reports upon the Khonds of Ganjani and Cuttack*. Calcuta, 1812, VII, 196.

(6) Hunter. *A Statistical Account etc.* I, 215.

(7) Campbell. *Jour. of Ethnological Society*. Julio 1866.

(8) Hodgson. *Kooch Bodo and Dhimal Tribes*. VIII, 745.

cuando se fia en en su honor (1).» En fin, Hunter dice que entre los Chacmas, «el crimen es raro... el robo casi desconocido (2).» Lo propio acontece con las virtudes generales de estas tribus y de otros pueblos salvajes. El Santalo, «tiene una disposición feliz... es sociable hasta el exceso» y aunque ambos sexos buscan apasionadamente su mutua sociedad, «las mujeres son muy castas.» Los Bodos y los Dhimals están «llenos de amables cualidades (3).» El Lepcha, jovial, amable y paciente, es, según Hooker muy «atractivo compañero;» en fin, el Dr. Campbell relata un ejemplo «del efecto que un profundo sentimiento del deber puede producir en este salvaje.» También se pueden citar hechos tomados de relatos sobre ciertos pueblos malayo-polinésicos y papuas, que ponen en relieve, rasgos de carácter que nosotros no asociamos generalmente sino á la naturaleza humana por mucho tiempo sometida á la disciplina de la vida civilizada y á las enseñanzas de una religion superior. Albertis, cuyo testimonio es de los más recientes, habla de cierto pueblo de Nueva-Guinea que visitó (cerca de la isla de Yule) y le califica de una honradez rigurosa «muy bueno y pacífico:» despues de las disputas que median entre las aldeas, la gente «se muestra tan afable como antes y no manifiesta animosidad alguna.» Pero el Rev. W.-G. Lawes, que comenta la relación de Albertis en un informe dirigido al Instituto colonial, dice que su benevolencia para con los blancos, no resiste á los malos tratamientos que éstos les hacen sufrir; esto es lo de siempre para todos los salvajes.

Por el contrario, en diversas partes del mundo los hombres pertenecientes á diferentes tipos, prueban que sociedades relativamente avanzadas en su organización y civilización, pueden continuar inhumanas en sus ideas, sus sentimientos y sus costumbres. Los Fijianos, que según Pickering, son los más inteligentes entre los pueblos no letrados, pertenecen al número de los más feroces. «El carácter de los Fijianos se distingue por una maldad profunda y vengativa.» El engaño, la traición, el robo y el asesinato, no son ya en ellos actos criminales, sino acciones honrosas; se practica el infanticidio en grande escala; se estrangula generalmente á las personas enfermizas, se despedazan vivas las víctimas humanas antes de comérselas. No obstante, los Fijianos, tienen «un sistema político complicado y atentamente dirigido» fuerzas militares bien organizadas, fortificaciones bien estudiadas, una agricultura adelantada con alternación de

(1) Hunter, *A comparative Dictionary of the Languages of India and High Asia*, London, 1868, I, 215.

(2) Hunter, *loc. cit.* London, 1876, VI, 48.

(3) Hodgson Kooch etc.

cultivos é irrigaciones; allí está bastante adelantada, la division del trabajo, hay un aparato de distribucion distinto y un bosquejo de circulacion; en fin; una industria bastante hábil para construir canoas que puedan contener trescientos hombres (1). Veamos aun otra sociedad africana, el Dahomey. En ella hallamos un sistema completo de clases en número de seis, órdenes políticos complejos con funcionarios apareados; un ejército dividido en batallones al que se pasan revistas y hace la guerra de guerrillas; cárceles, policía y leyes suntuarias; una agricultura en la que se usa el abono y que cultiva unas veinte plantas; ciudades rodeadas de fosos, puentes y carreteras con casillas de peaje. Sin embargo, al lado de este desarrollo social relativamente superior, existe un estado de cosas al que podria llamarse el crimen organizado. Se hacen guerras para adquirir los cráneos con que se adorna el palacio del rey; degüéllanse centenares de súbditos cuando el rey muere; cada año se les inmola en gran número para enviar mensajes al otro mundo. Crueles y sanguinarios, embusteres y embaucadores «los naturales están despojados de simpatía ó agradecimiento hasta respecto de los individuos de su propia familia,» de suerte que «no existe, ni en la apariencia siquiera, afeccion entre marido y mujer ó entre los padres y los hijos.»

El Nuevo-Mundo ofreció hechos análogos en la época de su descubrimiento. Los Mejicanos poseian ciudades de 120,000 casas, pero adoraban dioses caníbales á cuyos ídolos alimentaban con carne humana caliente y humeante que introducian en su boca; hacian guerras con el objeto de proporcionarse las víctimas que necesitaban inmolar á sus dioses. Eran hábiles en edificar vastos é imponentes templos, pero inmolaban dos mil quinientas personas al año en Méjico y las poblaciones vecinas y un número mucho más considerable en todo el país (2). Del mismo modo en los Estados populosos de la América central, bastante civilizados para tener un sistema de cálculo, un calendario regular, libros, mapas, etc., habia tambien sacrificios de gran número de prisioneros de esclavos y de niños á quienes se arrancaba el corazon que ofrecian palpitante en los altares ó á quienes se desollaba vivos y cuya piel servia de traje de danza á los sacerdotes (3).

(1) Erskine, *Journal of Cruise, etc.*, 1872.

(2) Ternaux Compans, *Recueil de pièces relatives á la conquête de Mexique*, Paris, 1838.—Clavigero, *Histoire du Mexique*, t. VI, 18.—Díaz de Castillo, *Memoires*, 1598.—Herrero, *Histoire generale du Continent et des îles d'Amérique*, 1601.

(3) Landa, *Relation des choses du Yucatan*, 1566, trad. franc. de Brasseur de Bourbourg, 25.—Gallatin, *Notes on the semicivilized Nations of Mexico, Yucatan and Central América* (*Transactions of the American Ethnological Society*) 1, 104.—Herrera, loc. cit. Prescott, *Conquest of Perú*. lib. I. 4.

No necesitamos buscar hechos en regiones remotas ó en razas extrañas para demostrar que no existe vínculo necesario entre los tipos sociales llamados civilizados y los sentimientos elevados que nuestro espíritu asocia por lo general con la civilizacion. Las mutilaciones de prisioneros que se ven en las esculturas de Asiria no son menos crueles que aquellas de que nos dan ejemplo las razas salvajes más sanguinarias. Ramses II, que se complacia en hacerse representar en escultura, en las paredes de los templos de todo el Egipto teniendo asidos del cabello una docena de cautivos y cortándoles la cabeza de un solo golpe, asesinó más hombres en sus conquistas de los que un millar de jefes salvajes podrian juntos destruir. Los tormentos aplicados por los Piel-rojas á los enemigos vencidos, no superan en horror á los que en la antigüedad se hacian padecer á los criminales con el suplicio de la cruz, ó á las personas sospechosas de rebelion á quienes se cosia dentro la piel de un animal recién matado, ó á los herejes á quienes se untaba con materias combustibles á las que se pegaba fuego. Los Damaras de quienes se dice ser bastante desalmados para echarse á reir á la vista de uno de los suyos muerto por una bestia feroz, no valen ménos que los Romanos que gozaban viendo asesinar en maza á sus víctimas humanas en los anfiteatros. Si las víctimas de las hordas de Atila exceden al número de las que los ejércitos romanos hicieron perecer en la toma de Seleucia, ó al de los judíos que Adriano hizo degollar, es porque la ocasion no dió lugar á que estas fuesen más numerosas. Las crueldades de los Nerones, Galianos y otros emperadores rivalizan con las de los Gengis-Kan y Tamerlan: Caracalla, condenó á muerte á veinte mil partidarios de su hermano tras haberle asesinado; y despues sus soldados obligaron al Senado á colocar al asesino en la categoría de los dioses; prueba de que la ferocidad en el pueblo romano en nada cedia á la que hace deificar al más sanguinario de los jefes entre los peores de los salvajes. El cristianismo no cambió mucho este estado de cosas. En toda Europa, durante la Edad Media, los crímenes políticos y las disidencias religiosas atraian á sus autores torturas friamente calculadas, iguales á las que hacen sufrir á sus víctimas los bárbaros más crueles ya que no más atroces.

Por extraño que ello parezca, necesario es admitir que el crecimiento del sentimiento de humanidad no se efectua *pari passu* con la civilizacion; sino que por el contrario, las primeras etapas de esta, tienen como condicion necesaria la de un estado de relativa inhumanidad. Entre las tribus de hombres primitivos es antes el más brutal que el más benévolo el que logra su objeto en las conquistas cuyo resultado es la consolidacion de los construcciones sociales primitivas. Durante las subsiguientes etapas de la evolucion social sub-

sisten por largo tiempo como habituales compañeros del desarrollo político, una agresión sin escrúpulo de parte del exterior y una violencia cruel, cebándose en el interior de la sociedad. Los hombres cuyo concurso ha formado las mejores sociedades organizadas, no fueron al principio, ni han sido durante largo tiempo sino los salvajes más fuertes y más diestros. Hoy mismo aun, cuando se libran de las influencias que modifican superficialmente su conducta demuestran no valer mucho más que los salvajes. Cuando por una parte contemplamos un pueblo absolutamente incivilizado, los Veddahs de los bosques, que según se dice, son de una «veracidad y honradez proverbiales, dulces y afectuosos, obedientes á la más leve señal de un deseo, y muy agradecidos á la atención ó al auxilio que se les presta» estos salvajes acerca de los cuales observa Pridham, que nosotros podríamos recibir de ellos lecciones de gratitud y delicadeza (1); y vemos por otra parte ciertos actos recientes de pillaje internacional, llevados á cabo con la matanza de millares de individuos que ningun daño habian hecho á sus matadores, y por medio de actos de perfidia, de mala fé y de ejecuciones de prisioneros realizadas á sangre fría; necesario es reconocer que entre los pueblos llamados civilizados y los que se califican de salvajes la diferencia no es la que generalmente se supone. Cualquiera que sea la relación existente entre el carácter moral y el tipo social, no puede ella suponer bajo todos sus aspectos la superioridad emocional del hombre social sobre el presocial (2).

(1) Bailey, in *Journal Ethnological Society*, II, 228.—Sir J. Emerson Tennant, *Ceylon, Historical, Political and Statistical Account of Ceylon*, 460.

(2) Mientras estaban en prensa estas líneas ha podido conocerse de lo que es capaz el hombre social perteneciente á una raza adelantada. Para justificar la destrucción de dos ciudades africanas del Batanya se nos dice que un rey, el cual queria obtener el establecimiento de una factoría, disgustado con la promesa de una sub-factoría abordó un buque inglés del que arrebató á Mr. Govier, el segundo se negó á entregarlo, y cuando se le reclamó amenazó con hacerle cortar la cabeza, singular manera, si el hecho es cierto, de obtener el establecimiento de una factoría. Mr. Govier llegó á escaparse sin ser maltratado durante su detención. El comodoro Richard, echó el ancla ante Cribbi, residencia del rey Jack, con la *Boadicea* y dos cañoneros, llamó á bordo al rey para que le diera satisfacción prometiéndole todas las seguridades, pero amenazándole con las consecuencias en caso de negativa. El rey, que no fiaba en la promesa, no fué. Sin preguntar á los naturales si tenian motivos para echar mano á M. Govier, y contentándose con la improbable afirmación de sus conciudadanos, el comodoro Richard, despues de algunas horas de plazo, cañoneó la playa con sus obuses, quemó la ciudad que contaba trescientas casas, saqueó las cosechas de los indígenas y destruyó sus canoas. No satisfecho aun con el incendio de la ciudad del rey Jack, tiró al Sud é incendió tambien la del rey de Long-Long. Estos hechos fueron publicados por el *Times* del 10 de Setiembre de 1880. En un artículo dedicado á estos sucesos, el órgano de la gente honrada de Inglaterra lamenta que «el castigo impuesto á las naturales de Batanya, deba parecer á estos espíritus infantiles, enteramente desproporcionado con la ofensa.» Eso sin duda quiere decir, que el espíritu adulto de los civilizados no lo hallará desproporcionado. Además, este periódico, inspirador de las clases directoras, para quien los dogmas teológicos reconocidos son la base indispensable de la distinción del bien y del mal, observa que «á no ser por el velo siniestro proyectado sobre este suceso por la muerte de dos de los nuestros, el episodio seria bastante picante.» Sin duda que, despues que los misioneros de la *religion del amor* llevaron la *buena nueva al espíritu infantil del salvaje* hay gracia, y de la más horrible quizá, en demostrarle, quemando su casa, como se practica esta religion. No sería malo acompañar con una carcajada mefistofélica un comentario de las virtudes cristianas que se practican á cañonazos. Posible es que el rey, negándose á arriesgarse á bordo del buque inglés, obedecía á la general creencia de los negros que representan al diablo bajo los caracteres de un blanco.

¿Cómo puede conciliarse esta idea con la del progreso? dirán muchos de nuestros lectores. ¿Qué es, pues, lo que justifica la civilización, si como esta idea lo supone, se ven algunos de los atributos superiores de la humanidad poseidos en mayor grado por pueblos salvajes que viven aislados por parejas en los bosques, que por los miembros de las grandes naciones bien organizadas, que tienen artes maravillosamente elaboradas y extensos conocimientos? La mejor contestación será la de hacer un llamamiento á la analogía.

La lucha por la existencia fué un medio indispensable para la evolución, porque se propagó en toda la extensión del mundo animal. Vemos que en la concurrencia entre los individuos de la misma especie, la supervivencia de los más aptos favoreció desde un principio la producción de un tipo superior; pero hay más aun, vemos tambien que la guerra incesante entre las especies es su causa principal, como tambien la de su crecimiento y organización. Sin el conflicto universal no hubiera habido desarrollo de las facultades activas. Los órganos de percepción y de locomoción se han desarrollado poco á poco durante la acción recíproca de los individuos perseguidores y perseguidos. Los miembros y los sentidos, al perfeccionarse, proporcionaron un concurso más ventajoso á las vísceras, y los aparatos viscerales dieron un contingente mejor de sangre ventilada á los miembros y á los sentidos; por otra parte, á cada etapa púsose en juego un sistema nervioso superior para coordinar las acciones de estos aparatos más complejos. Por parte de los animales de rapiña, la muerte por inanición, y por la de los que sirven de presa, la muerte por destrucción, hicieron desaparecer los individuos y las especies ménos favorablemente armadas. Todo progreso en la fuerza, la velocidad, la agilidad ó la sagacidad en los animales de una clase, tiene como consecuencia necesaria un progreso correspondiente en los animales de otra; sin los esfuerzos incesantemente repetidos para alcanzar la presa ó escapar del enemigo bajo pena de la vida, ni unos ni otros habrían podido realizar su progreso.

Observemos con todo que si esta despiadada ley de la naturaleza, este monstruo «con dientes y garras tintas en sangre,» fué una condición necesaria al progreso de la vida de los seres dotados de sentimiento; no debe concluirse que deba existir en todos los tiempos y con todos los seres. La organización superior desarrollada por esta lucha universal y que se adapta á ella, no está necesariamente condenada á emplearse siempre en parecidos fines; la fuerza y la inteligencia que resultan de esta organización son de una naturaleza propia para empleos muy diferentes. La estructura hereditaria que la constituye, no solo es buena para el ataque ó la defensa, sino que es apta para otros diversos